

El dolor y la decepción como remedio personal en textos alemanes de la Edad Media

Miguel Ayerbe Linares

Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea

miguel.ayerbe@ehu.es

<https://dx.doi.org/10.12795/futhark.2010.i05.02>

Resumen: Es un hecho innegable que el sufrimiento se encuentra presente en la vida humana, y las diversas manifestaciones artísticas se han preocupado de darle expresión a lo largo de los siglos. En este ámbito, la literatura también ha realizado sus aportaciones. En lo que se refiere al tratamiento que se hace del dolor en la literatura llama la atención el enorme peso que se concede a los aspectos negativos y traumáticos del sufrimiento, que, sin duda, no se pueden obviar. Ahora bien, se echa en falta, por otro lado, un estudio algo más profundo acerca del sufrimiento humano que, lejos de verse reducido a una pasiva contemplación y descripción de sus elementos negativos, profundice en todas sus dimensiones, trascendiéndolo más allá de lo momentáneo. Tomando como punto de partida tres textos alemanes de la Edad Media, se ha analizado la presencia del dolor en los personajes, al objeto de estudiar también los aspectos positivos que éste pudiera tener para los propios personajes. Con ello se pretende responder a la pregunta: ¿Tiene el dolor, tal como lo manifiesta la literatura, un sentido de algún modo benéfico en y para el hombre, que alcance más allá de lo traumático?

Palabras clave: literatura alemana medieval, sufrimiento humano, trascendencia, madurez

Astract: Pain is an undeniable reality in human life as many artistic works have shown through time and literature has paid an important contribution in this field. After considering the study of pain in literature it has to be highlighted the relevance given to its negative and traumatic

aspects which can not be put aside. Nevertheless it could be also interesting to approach the study of pain from another perspective, beyond the observation and description of its material and temporal way of consideration. By analyzing the presence of pain in three selected German texts from the Middle Ages the aim of this study is to draw the positive aspects that can have some influence on the characters themselves, in order to provide an answer to the question whether pain – as seen in literature- makes sense in human life. Does pain have any beneficial effect on the human being which goes further the mere traumatic and negative consideration of it?

Key words: Medieval German literature, human pain, transcendence, development

1. Introducción

Es un hecho que el dolor ha estado presente en la Edad Media, como nos muestra una innumerable cantidad de fuentes de diversa índole. En efecto, del dolor nos hablan textos medievales de carácter religioso¹ (sermones, homilías), jurídico, filosófico y también literario. Tan solo en el ámbito literario, en alemán medieval contamos con un amplio abanico de textos en los que poder analizar el tema del dolor humano desde sus más variadas facetas, como la salud física, la salud espiritual, la tristeza, la deshonra, la muerte, la violencia, el desamor, el odio, la desesperación, etc.

¹ Podemos citar aquí a modo de ejemplo algunas homilías de Berthold von Regensburg, en las que se trata explícitamente el tema del dolor humano: *Von des Leibes Siechthum und der Seele Tod* (nº 32), *Von dem hehren Kreuze* (nº 34). Lamentablemente no podemos citarlas en alemán medieval, su versión original, ya que no nos ha sido posible acceder a una edición apropiada. También se pueden consultar las homilías de Johannes Tauler. Información más detallada acerca de ediciones de estos textos la encontrará el lector más adelante, en la sección dedicada a referencias bibliográficas.

Con todo, el tratamiento que se hace del dolor en muchos de estos textos llama la atención porque no se transmite la imagen de algo que se queda en lo horrible, en lo desagradable, en lo irremediable, es decir, a reflejar tan solo los aspectos más negativos, sino, muchas veces, como un medio o situación transitoria para conseguir una dicha mucho mayor aún. Todo ello, naturalmente, sin despojar al dolor de sus aspectos menos agradables desde una visión puramente terrenal. En los textos no se pretende tanto hacer ver el dolor como una realidad positiva en sí misma como dejar entrever los efectos beneficiosos que éste pueda tener sobre el carácter y la salud espiritual de un individuo². En este sentido, es fácil enfrentarse a dos dimensiones del dolor bien diferenciadas entre sí: de un lado, lo que de desagradable tiene en sí mismo el dolor, lo cual explica el lógico rechazo que provoca en el ser humano ante su experiencia, mientras que, de otro lado, tendríamos también lo que de positivo y benigno pueden tener sus efectos, lo que hace que en algunas ocasiones, y con efecto retroactivo, haga a una persona dar gracias de algo negativo que le ha sucedido, pero una vez que ha comprobado que lo que le ha sucedido a continuación, y a consecuencia del suceso negativo anterior, le ha reportado algo aún mejor, o bien le ha prevenido de algo todavía peor. Quizá uno se podría preguntar si la reacción del individuo hubiera sido la misma, si no hubiera descubierto inmediatamente el sentido de una situación dolorosa determinada.

2. Objeto del presente estudio

² Véase también C.S. Lewis, 1991.

En este trabajo procuraremos mostrar que hay textos literarios alemanes procedentes de la Edad Media que hablan del dolor, haciendo ver que éste no es lo más desagradable para el propio hombre como la actitud que éste adopta ante aquél.³ Hasta qué punto el propio autor de la obra tenía tal visión del dolor y qué actitud vital adoptó en consecuencia no podemos afirmarlo aquí, sin embargo, podemos entender hasta cierto punto que en una obra literaria el autor expone lo que piensa. Si un autor pretende enseñar, cabe esperar que hablará de lo que ha aprendido por experiencia y ha aceptado, o al menos de las reflexiones que ha llevado a cabo sobre algo.

En un número considerable de textos alemanes medievales el dolor pretende enseñar algo al protagonista y, en su caso, también a los que éste tiene a su alrededor. Quizá el verbo “enseñar” no es muy acertado y en su lugar deberíamos emplear “hacer ver” o “poner ante los ojos” algo que no va bien. Normalmente se trata de algo en la actitud del protagonista que no está bien y el dolor se presenta entonces como el medio más eficaz que pone al protagonista en disposición de ver lo que una situación excesivamente cómoda y placentera quizá no elimina como realidad pero sobre la que corre un velo que impide o, cuando menos, dificulta su visión al protagonista. En otras palabras, el dolor parece ser entendido como un medio que facilita al protagonista descubrir lo que no va bien, y le facilita al mismo tiempo la visión de los medios que tiene que emplear para solucionarlo. Casi siempre, entre estos medios se encuentra, con

³ Llama la atención el hecho de que esta misma visión ante el dolor siga vigente en eruditos de nuestros días, como puede verse en Philippe, *La libertad interior*, 2003, pág. 48 o en Irala, *Control cerebral y emocional*, 1978, pág. 225 y siguientes.

un papel decisivo y relevante, el cambio de actitud en el propio protagonista.⁴

Por otro lado, y ante una situación delicada, el dolor parece presentarse también como un estímulo que mueve al afectado a actuar. Puede suceder que en la raíz de un sufrimiento se halla un descuido o un abandono, que el protagonista a veces no ve, pero otras si ve, dejándose llevar, no obstante, por la desidia hasta que la situación ya no tiene remedio y exige entonces una acción más drástica. Como ante el dolor el afectado desea librarse de él, no le queda más remedio que ponerse manos a la obra, aun cuando poner un remedio que es necesario no le entusiasme.

3. Desarrollo de este estudio

Para llevar a cabo este trabajo hemos procedido al análisis de la función del dolor en diferentes textos, que relacionamos a continuación por orden cronológico:

1. *Das Ludwigslied*⁵, texto anónimo del año 881/882
2. *Der arme Heinrich*⁶, obra de Hartmann von Aue, escrito en torno al año 1195
3. *Die drei Wünsche*⁷, relato breve de *Der Stricker*, en torno al segundo cuarto del siglo XIII

En la selección de los textos hemos seguido el criterio de contar con textos narrativos de carácter mundano. Hay, no obstante, textos religiosos que también tratan el tema del dolor y el

⁴ Esta idea general se encuentra también en Irala 1978.

⁵ En español: *Cantar del rey Luis*.

⁶ En español: *El pobre Enrique*.

⁷ En español: *Los tres deseos*.

sufrimiento, cuyo análisis aquí hubiera sido de gran interés, pero al que nos hemos vistos obligados a renunciar al objeto de no excedernos mucho en este trabajo. Habrá que dejarlo para un trabajo posterior, ya que un análisis comparado entre la explicación que del dolor ofrecen textos profanos y textos religiosos podría aportar conclusiones muy ilustrativas. También hemos querido seleccionar los textos atendiendo a una cierta diferencia en cuanto a su localización temporal. Por otro lado, hemos pretendido al mismo tiempo que los textos pertenecieran a diferentes géneros. Así, mientras el *Cantar del rey Luis* es un canto de alabanza a la figura de Luis III, *El pobre Enrique* es una novela del ámbito cortesano-caballeresco; el último texto es un relato breve de carácter didáctico-moralizante. Por último, la autoría de los textos es distinta: anónimo, Hartmann von Aue y Der Stricker, respectivamente.

En cuanto al procedimiento seguido para el análisis, trataremos cada texto por separado. Para ello, comenzaremos con una breve introducción a cada uno de ellos y a continuación se procederá al análisis partiendo de las interpretaciones que cada autor hace. Finalmente, en una última sección, presentaremos algunas propuestas de análisis para futuros trabajos.

4. Análisis del dolor en los textos propuestos

4.1. *El dolor en el Cantar del rey Luis*

Este texto narra la hazaña del rey Luis III de los Francos al liberar a éstos de una invasión normanda a finales del s. IX. El cantar comienza con una presentación de Luis (versos 1-8), que muy pronto queda huérfano pero es acogido por la protección de Dios, que le da una poderosa corte y muchos bienes.

Inmediatamente a continuación se habla de una prueba a la que Dios quiere someter a Luis, aún joven (versos 9-11):

<p>Sō thaz uuarth al gendiöt, Korön uuolda sīn god] Ob her arbeidi Sō iung tholön mahti. Lietz her heidine man Obar sēo līdan, Thiot Vrancōno Manön sundiōno.⁸ (vv. 9-12)</p>	<p>Y cuando todo esto fue cumplido, quiso ver su Dios] si era capaz de soportar pruebas tan joven. Hizo venir por mar a hombres paganos sobre el pueblo de los Francos, hombres pecadores.]⁹</p>
--	---

Dios quiere poner a prueba a Luis y la forma en la que se va a desarrollar dicha prueba es a través del ataque de unos invasores del Norte, que Dios permite. El motivo no lo conocemos, aunque podría ser una prueba de fe, es decir, que Dios deseara comprobar hasta dónde el rey está dispuesto a abandonarse en su poder, no solo cuando le van bien las cosas. Esta prueba bien recuerda a aquella otra por la que Dios hizo pasar a Abraham en el Antiguo Testamento, en la que Dios le pide que le sacrifique a su único hijo, Isaac. Cuando Abraham ya lo tiene todo preparado y se dispone a sacrificar a su propio hijo entonces un ángel le sujeta el brazo y le dice que no mate a su hijo. Dios no deseaba la muerte de Isaac, sino que con la petición de ese sacrificio quería comprobar hasta dónde era Abraham capaz de llegar para

⁸ Texto citado según la edición de Braune/Ebbinghaus, 1994:136-138.

⁹ La traducción de esta cita y de las demás a lo largo de este trabajo es nuestra.

cumplir su voluntad.¹⁰ Podría también haber sido comprobar la lealtad de Luis hacia Dios cuando se acerca la adversidad.

Con todo, lo que se narra en los versos siguientes parece indicarnos que Luis no va a ser el único que es puesto a prueba:

Lietz her heidine man Obar sēo līdan, Thiot Vrancōno Manōn sundiōno.	Hizo venir por mar a hombres paganos sobre el pueblo de los Francos, hombres pecadores.]
Uurdun sum erkorane, Sume sār verlorane.	Muchos se salvaron, muchos otros se perdieron.]
Haranskara tholōta Ther ēr misselebēta. (vv. 11-13)	Grandes penalidades sufrió quien antes vivía disolutamente.]

Efectivamente, Dios quiere mover a conversión a los súbditos de Luis a la vista de la de la vida que éstos llevaban, llena de vicios y delitos. En este caso, la prueba se presenta como castigo que haga ver a los interesados que la aparente seguridad humana que proporcionan los vicios, y que les había llevado a desconfiar y a apartarse de Dios, se viene abajo en el momento más inesperado.

Ante esta situación se salvan aquellos que reconocen su falta y se convierten, mientras que los que se pierden son aquellos otros que persisten en su vida pasada. En el texto tenemos también oportunidad de comprobar el efecto que esta prueba ha tenido

¹⁰ Cfr. Génesis 22,12: “*Dixitque: ‘Non extendas manum tuam super puerum neque facias illi quidquam. Nunc cognovi quod times Deum et non pepercisti filio tuo unigenito propter me.’*”

en uno y otros. Siguiendo el orden narrativo del cantar, hablaremos en primer lugar del efecto en los súbditos:

Ther ther thanne thiob uuas, Ind er thanana	Aquel que había sido ladrón, se convirtió,
ginas, Nam sīna vaston: Sīdh uuarth her guot man.	hizo su ayuno y desde entonces se convirtió
Sum uuas lugināri, Sum skāchāri, Sum ful lōses, Ind er gibuohta sih thes. (vv. 15-18)	en hombre de bien.] Unos eran mentirosos, otros ladrones, otros faltos de toda medida, pero hicieron penitencia por ello. ¹¹

La penitencia pudo ser satisfecha a través de la batalla que los francos cristianos, y anteriormente disolutos, tuvieron que presentar a los normandos no creyentes, con su rey Luis a la cabeza. Dios no buscaba su destrucción, sino que se convirtieran de su mala vida. Y éste fue el efecto que tuvo en muchos de ellos, pero no en todos, pues no todos quisieron convertirse, a pesar de las calamidades. Un cierto paralelismo nos parece observar en el libro del Apocalipsis. Al acercarse el fin del mundo Dios permite la llegada de plagas y guerras con el fin de mover a los hombres a la conversión, y también aquí hay diferentes actitudes por parte de éstos:

“Hi sunt qui veniunt de tribulatione magna et laverunt stolas suas et dealbaverunt eas in sanguine Agni. [...] Et ceteri homines, qui non sunt occisi in his plagis neque

¹¹ En esta última oración hemos optado por traducir en plural lo que en la cita original aparece en singular, al objeto de facilitar más la comprensión del pasaje.

paenitentiam egerunt de operibus manuum suarum, ut non adirarent daemona et simulacra aurea et argentea et aerea et lapidea et lignea, quae neque videre possunt neque audire neque ambulare, et non egerunt paenitentiam ab homicidiis suis neque a veneficiis suis neque a fornicatione sua neque a furtis suis. [...] Et aestuaverunt homines aestu magno et blasphemaverunt nomen Dei habentis potestatem super has plagas et non egerunt paenitentiam, ut darent illi gloriam.” (Apocalipsis VII,14, IX,20-21, XVI,9)

En cuanto al rey Luis, esta misma calamidad no la había previsto Dios como castigo, sino como prueba de fe y de lealtad. Al comienzo de la batalla Luis se encomienda junto con su pueblo a Dios, implorando su protección. Con ello, Luis muestra una gran humildad, reconociendo su impotencia sin la ayuda divina. De la batalla sale Luis reconfortado en su autoridad y prestigio ante sus súbditos, que es el premio que Dios le concede tras superar la prueba:

<p>Gilobōt sī thiū godes kraft: Hluduīg uuarth sigihaft;] loh allēn heiligōn thanc! Sīn uuarth ther sigikamf.] Uuolar abur Hluduīg, Kuning ui(lo) sālīg! (vv. 55-57)</p>	<p>¡Alabado sea el poder de Dios: Luis fue el vencedor!] ¡Gracias también a todos los santos, porque de él fue la victoria!] ¡Viva Luis, rey muy dichoso!</p>
--	---

Así pues, ni Luis ni el pueblo franco han sido destruidos con la prueba a la que fueron sometidos, antes bien Luis ahora se ha vuelto más leal hacia Dios y hacia sus súbditos francos. Ante

éstos Luis tiene una mayor consideración después de la prueba, porque ha sabido hacer frente con valentía en medio de un pueblo en peligro, y le ha devuelto la paz.

4.2. *El dolor en El pobre Enrique*

Enrique es un noble caballero dotado de todas las cualidades que debe reunir todo aquel que pertenece a su condición: era de noble cuna, tenía grandes y numerosas posesiones, gozaba de gran prestigio entre sus iguales y entre sus súbditos; su vida era un atractivo para los que le rodeaban; era muy alegre, generoso y caritativo con los que a él se acercaban, y con quienes gozaban de su compañía. No falta tampoco una referencia a su juventud y vitalidad, capaz de todo lo que la vida le deparase.¹² Una vida en la que Enrique lo tenía todo le hacía ir perdiendo poco a poco la realidad de la vida terrena:

<p>‘mêdiâ vîtâ in morte sûmus’. daz diutet sich alsus, daz wir in dem tôde sweben, so wir aller beste wænen leben. Dirre werlte veste, ir stæte und ir beste und ir grœste mankraft, diu stât âne meisterschaft. [...] wir sîn von bræden sachen. nû sehet, wie unser lachen mit weinene erlischet. unser sîeze ist gemischet mit bitterer gallen.</p>	<p>‘Media vita in morte sumus’. Esto quiere decir que la muerte se cierce sobre nosotros mientras creemos vivir plenamente felices. La seguridad de este mundo, su permanencia, su excelencia y todo su poderío no tiene apenas consistencia. [...] Estamos hechos de materia frágil. Mirad si no, cómo nuestras risas se apagan en llantos.</p>
---	---

¹² Cfr. Cormenau/Störmer, 2007, págs. 150 y s.

(vv. 92-100, 105-109)	Lo que nos parece dulce, mezclado está con amarga hiel.
-----------------------	--

Esta dicha terrenal de Enrique va a desmoronarse cuando recibe el azote de la lepra. La sociedad que antaño le respetaba y admiraba, buscando su compañía, se aleja de él. El que antes era un abanderado en la sociedad que le rodeaba, se convierte ahora en lo más repelente de ella. Esto duele mucho a Enrique, a quien, además, parece pesarle mucho más el conjunto de desgracias sociales de la enfermedad que ésta misma:

er sente sich vil sêre, daz er sô manege êre hinder im müese lâzen. (vv. 157-159)	Fue para él muy doloroso tener que renunciar a tantos honores.
--	--

A Enrique le invade la amargura tras comprobar que ha dejado de ser el centro de las miradas. Con la lepra que ahora padece, no solo ha perdido su prestigio, sino también la belleza que anteriormente le hacía destacar. Ahora se ha convertido en alguien que ha perdido su alegría radiante, su enorme vitalidad y su jovial espíritu. Para él la vida parece haberse terminado. Con todo, en medio de esta penosa situación un rayo de esperanza anima al protagonista a no abandonar. Muchos le dicen que la lepra, en algunos casos, se puede curar. Así pues, se decide a marchar a Montpellier en busca de unos médicos experimentados que, sin embargo, no le dan un diagnóstico alentador:

dâ vant er vil schiere niuwan den untrôst,	Allí [en Montpellier] recibió en seguida
---	---

daz er niemer wûrde erlôst. (vv. 176-178)	la desconsoladora noticia de que nunca se curaría.
--	---

Pero Enrique no abandona y se marcha a Salerno¹³ en busca de otros médicos. Allí visita al más importante, que le dice que, si bien su enfermedad es curable, habrá de permanecer como se encuentra. Esta misteriosa respuesta desconcierta a Enrique, que está dispuesto a emplear todos los medios de que dispone con tal de alcanzar su curación y forcejea con el médico para que le explique en qué consiste tal remedio misterioso. Enrique era muy rico e influyente, y confiaba, por tanto, en poder pagar la mejor medicina con su dinero. Aquí sufre Enrique una nueva decepción, pues el médico intenta hacerle comprender que el dinero y la ciencia no lo pueden todo en este mundo. Para demostrárselo, expone llanamente a Enrique lo que habría que hacer para conseguir su curación:

ir müeset haben eine maget, diu vollen manbære und des willen wære, daz sî den tût durch iuch lite. nu enist ez niht der liute site, daz ieman gerne tuo. so enhœert ouch anders niht dar zuo niuwan der maget herzebluot: daz wære vû iuwer suht quot. (vv. 224-232)	Habéis de encontrar una virgen en edad de contraer matrimonio, y que esté dispuesta a ir a morir por Vos. Ahora bien, no es frecuente entre la gente hacer algo así. Así pues, no hay más remedio que la sangre de una joven virgen: esto es lo que curaría vuestra dolencia.
---	---

¹³ Entre los siglos X y XIII Salerno era especialmente conocida por su *Scuola Medica*, que se convirtió en un centro de referencia en la Edad Media.

Es aquí cuando Enrique entiende al fin el pesimismo del médico y su reticencia para explicarle en qué consistía el remedio que le habría de sanar. Enrique por fin comprende que, a pesar de sus inmensas riquezas y posesiones, y por grande que fuera el conocimiento médico de su época, la solución escapa a sus manos. Nada de aquello en lo que con tanta seguridad había estado confiando hasta el momento puede devolverle todo lo que había perdido. No obstante, lo peor no es, a nuestro modo de ver, la elevada dificultad para conseguir ese remedio, sino la actitud de Enrique desde ese momento, lo cual vemos en lo siguiente: lo negativo de su actitud radica en que es entonces cuando abandona toda esperanza. Efectivamente, para él, si con sus propios medios terrenos no puede alcanzar la curación, entonces no hay solución posible, pues fuera de lo que hay al alcance de sus manos, es decir de lo material y tangible, no hay curación. Enrique tenía una excesiva confianza en sí mismo y en sus solas fuerzas, olvidándose de acudir a Dios, en quien no espera.

A la vista de las oscuras perspectivas de futuro, pues Enrique era aún muy joven, regresa a su tierra y, aconsejado por otras personas, reparte sus riquezas y posesiones hasta quedarse tan solo con un árido y reducido terreno, al que se retira alejándose del resto de la sociedad. Con ello Enrique espera que Dios se apiade de él y, al menos, le conceda la salvación eterna de su alma.

Mas la misericordia de Dios, en realidad, ya ha comenzado a actuar. Efectivamente, en ese terreno que él se había reservado en el reparto vivía un campesino con su familia, a quien Enrique había tratado bien en tiempos de bonanza. Mientras todos los demás conocidos de Enrique le abandonan, esta familia de campesinos no siente repugnancia de él. Le acogen y le cuidan, hasta el punto de estar muy pendientes de sus necesidades. Este

campesino y su mujer vivían honestamente y Dios les había bendecido con una vida alegre, desahogada y unos hermosos hijos. Entre éstos se hallaba una niña de unos ocho años de edad, que siente una especial debilidad por el estado de Enrique, a quien le dedica todas sus atenciones y cuidados, sin apenas consentir separarse de él. En el texto se resalta su extraordinaria belleza, que parecía no hallar par en el mundo.¹⁴ Esta niña le entregaba todo su tiempo y su cariño, ofreciendo a Enrique casi la única mano amiga en este mundo.

Después de vivir tres años junto a esta familia, un día el padre habla con su mujer acerca de las dificultades que les podrían sobrevenir si Enrique muere: perderían todas sus pertenencias y quedarían desvalidos. Así pues, a continuación el cabeza de familia se acerca a él y le pregunta si había pensado en los médicos de Salerno y en las posibilidades de curación. Enrique, en atención a sus solícitos cuidados y a su constante ayuda, le confiesa cuál es el remedio que allí le habían dicho y que alcanzarlo es tanto como hablar de algo imposible.

Ahora bien, la joven doncella ha podido escuchar lo que Enrique contaba a su padre y se siente entonces llamada ofrecer su vida por su señor, algo que ella desea con todas sus fuerzas. No obstante, antes de comunicarle su decisión habla a solas con sus padres, quienes, de entrada, rechazan de forma directa y tajante su propósito. Tras varios argumentos para hacerla desistir de esta decisión, su madre le quiere recordar que Dios manda respetar y honrar a los propios padres¹⁵ y que lo que ella pretende llevar a

¹⁴ Véase w. 311-314: *Sî was ouch sô genæme, / daz sî wol gezæme / ze kinde dem rîche / an ir wætlîche. (Y era tan agradable que, junto por su belleza, bien podría haber sido la hija del Emperador.*

¹⁵ Aunque en el texto original no se menciona explícitamente, este argumento esgrimido por la madre alude al cuarto mandamiento de la Ley de Dios: *Honora patrem tuum et matrem tuam, ut sis longaevus super terram, quam Dominus Deus tuus dabit tibi* (Éxodo, XX,12).

cabo es lo contrario, pues les sumiría a ambos en una profunda tristeza. Con esto ella se portaría de un modo injusto y desagradecido con ellos, lo cual desagradaría a Dios, según ellos. Pero ella, en un largo discurso (vv. 663-854), trata de demostrarles que su pretensión de dar la vida para curar a Enrique es lo mejor para ella misma y para él.

En una primera parte (663-677) ella reconoce que está en deuda con sus padres por haberle concedido el don más grande, es decir, la vida. Asimismo reconoce que todo lo que ella es también se lo debe a ellos: su salud, su juventud, su extraordinaria belleza admirada por los demás. Ahora bien, precisamente para no malograr todos esos extraordinarios talentos que Dios le ha concedido a través de sus padres, ella considera que la mejor inversión es poner todos esos talentos al servicio de Dios y de los demás, antes que correr el riesgo de desperdiciarlos en engaños y decepciones mundanas, o en el propio envanecimiento. Aquí estaría la segunda parte del discurso (678-799). En la tercera y última parte (800-854) ella, tras hacerle ver el sentido de su deseo y exponerle los argumentos a favor, les hace reconsiderar su actitud de oposición.

Este discurso es, a nuestro modo de ver, uno de los puntos centrales en la obra. En él se nos presenta, si bien de un modo indirecto, el contraste entre dos actitudes en la manera de afrontar la vida terrenal en dos personas con un perfil muy similar: tanto la joven doncella como Enrique son jóvenes, bien dotados y de una magnífica belleza, pero la actitud vital de cada uno es opuesta a la del otro. Enrique vive muy seguro de sí mismo, plenamente confiado en lo que posee. Por este motivo, vive como si esta fuera la vida de la que esperar toda la felicidad. Su principal problema radica en que no reconocía que todo lo que era y que todas sus posesiones no eran sino dones

inmerecidos. Este hecho contrasta fuertemente con la actitud de profundo agradecimiento de la joven doncella:

<p>Sî sprach: 'muoter, ich getrûwe dir und mînem vater her ze mir aller der genâden wol, der vater unde muoter sol leisten ir kinde, als ich ez wol bevinde an iu aller tegelih. von iuwern gnâden hân ich die sêle und einen schœnen lîp. [...] wen solde ich der gnâden jehen niuwan iu zwein nâch gote?' (vv. 633-677)</p>	<p>Ella habló así: «Madre, he recibido muy agradecida todas las atenciones vuestras hacia mí, que todo padre y madre deben a sus hijos dar, tal como yo lo veo en vosotros día a día. Gracias a vosotros tengo alma y un cuerpo admirable¹⁶. [...] ¿A quién he de agradecer este inmenso don sino a vosotros dos, después de a Dios?»</p>
---	--

Otro punto en el que la joven y Enrique contrastan es en la valoración que cada uno hace de la vida en este mundo. Enrique no era, ciertamente, una persona avara, ya que se prodigaba en regalos y agasajos con parientes y amigos. El problema de Enrique radica en que sus numerosas cualidades personales y sus innumerables bienes y posesiones le iban llevando a descuidar algo más importante: que la vida terrenal no es algo definitivo y que, en consecuencia, la felicidad que aquí pudiera alcanzar también se acaba, bien con la muerte, bien mucho antes que ésta. La joven doncella, en cambio, consciente de que esta vida

¹⁶ El sentido de *schœnen lîp* aquí no se reduce tan solo a la belleza física sino que abarca también la salud corporal, que también contribuye a la buena apariencia.

es muy inestable, y que junto con una relativa felicidad también ofrece muchas decepciones, le concede un valor más relativo que él:

<p>jâ ist dirre werlte leben niuwan der sêle verlust. ouch hât mich werltlich gelust unz her noch niht berüeret, der hin zer helle vüeret. nû wil ich gote gnâde sagen, daz er in mînen jungen tagen mir die sinne hât gegeben, daz ich ûf diz brœde leben ahte harte kleine. (vv.688-698)</p>	<p>La vida en este mundo no es sino pérdida del alma. Las concupiscencias de este mundo no me han alcanzado aún, aquéllas que llevan al infierno. Por eso, doy gracias a Dios porque en mi juventud me ha dado entendimiento, para estimar en bien poco esta vida tan insustancial.</p>
--	---

Ante esta valoración de la vida en el mundo, la joven afronta el sufrimiento de una manera diferente a la de Enrique. Si ésta no es la vida definitiva, el sufrimiento por el que tiene que pasar para salvar a Enrique adquiere otra dimensión. Para la joven, la vida terrenal es muy breve, y la muerte tan solo un tránsito hacia la vida que dura de veras, la cual se vive con carácter excluyente en el cielo, junto a Dios, o en el infierno. Enrique, sin embargo, parece vivir en el mundo como si ésta fuera la única y verdadera vida. Por esta razón no extraña que, ante la perspectiva de una vida que ya en su juventud queda marcada por la lepra y cuyo fin es una muerte que llegará antes o después, él lo considere todo perdido y abandone toda esperanza. Si esta vida es desgraciada, al quedar truncada absolutamente nada tiene sentido, de manera que se vive como si de sobrellevar una condena se tratara.

Queda aún un aspecto más, en el que ambos personajes contrastan de forma relevante: la humildad. La joven doncella, con solo once años de edad en el momento del discurso, muestra tener un profundo y asombroso conocimiento de sí misma:

<p>ich vürhte, solde ich werden alt, daz mich der werlte süeze zuhte under vüeze, als sî vil manigen hât gezogen, den ouh ir süeze hât betrogen: sô würde lîhte gote entsaget. (vv. 700-705)</p>	<p>Temo que cuando crezca, las dulces tentaciones del mundo me sometan bajo sus pies, tal como ha hecho ya con muchos, a quienes sus encantos han seducido: así fácilmente quedaría yo separada de Dios.</p>
--	--

Las bondades del mundo no son, ciertamente, malignas en sí sino todo lo contrario¹⁷. ¿Dónde está entonces el problema? En hacer de ellas un fin, poniéndolas como lo definitivo y eterno, cuando en realidad no pasan de ser realidades finitas y perecederas. El destino de la propia vida se torna muy peligroso cuando ésta, que tiene un alma inmortal, se construye sobre cimientos de suyo caducos. La joven se da cuenta de ello y eso la hace más precavida, situando cada realidad en su lugar:

<p>mir behaget diu werlt niht sô wol: ir gemach ist michel arbeit, ir meiste lieb ein herzeleit, ir süezer lôn ein bitter nôt, ir lanclîp ein gæher tôt. wir hân niht gewisses mê</p>	<p>No me llena esta vida: su encanto es un gran esfuerzo, su felicidad más elevada es el dolor, su paga una amarga indigencia, su vida interminable una muerte</p>
---	--

¹⁷ Cfr. Génesis II,31 en el que se lee la valoración que Dios hace de la creación:
Viditque Deus cuncta, quae fecit, et ecce erant valde bona.

<p>wan hiute wol und morgen wê und ie ze jungest der tôt: daz ist ein jæmerlîchiu nôt. ez enschirmet geburt noch guot, schœne, sterke, hôher muot, [...] (vv. 707-718)</p>	<p>inesperada. No gozamos de más certeza que hoy dicha y mañana pesar y, al final, siempre la muerte. Una amarga desdicha es todo. Ante eso de nada sirven noble cuna y bienes, ni belleza, ni poder, ni los buenos sentimientos.]</p>
--	--

La joven sabe que ella es tan humana como los demás y que si otros antes que ella han malogrado su vida y su salvación eterna en un descuido, ella no se considera mejor y se ve igual de vulnerable ante los mismos errores y las mismas tentaciones mundanas que podrían malograr su vida ya en este mundo y, más tarde, en la vida eterna. Ante esta situación, ella no desespera sino más bien se pone en manos de Dios, que no es algo pasajero ni abandona.

Enrique, en cambio, al convertir las cosas buenas y legítimas de este mundo en un fin en sí mismas, ha ido perdiendo paulatinamente de vista que éstas son mudables y perecederas. No se ha dado cuenta de lo frágil que se iba volviendo al olvidar que todo lo que es y tiene es don inmerecido, y que todo lo que llega tiene también un fin. Con esto es confrontado Enrique cuando le llega la lepra. Toda la felicidad que parecía no tener fin se ha esfumado, y entonces Enrique sufre.

En cuanto a la joven, ésta comprende que su verdadera felicidad en esta vida es el amor, lo cual significa ponerse al servicio de Dios y de los demás:

<p>ich hôrte ie daz sprechen: swer den andern vreuwet sô,</p>	<p>He oído decir siempre: quien hace feliz a otro</p>
---	---

daz er selbe wirt unvrô, und swer den andern krœnet und sich selben hœnet, der triuwen sî joch ze vil. (vv. 822-827)	renunciando a su propia felicidad, y quien ensalza a otro humillándose a sí mismo, ése es de lealtad más que probada. ¹⁸
--	---

En este sentido, ella se ve ahora dichosa de devolver la salud a Enrique a costa de sacrificar su propia vida. Ella ama a Enrique y este amor por él le mueve a darle todo lo que tiene para conseguir su curación y la consiguiente felicidad. No solo le da todo, sino lo mejor: su vida, su juventud, su belleza, sus cualidades, su salud, su vitalidad. Para ella, la vida de Enrique es la más valiosa porque es la vida de su amor.

He aquí una nueva diferencia de actitudes entre ambos. Mientras Enrique se servía de sus cualidades personales, de su fama y bienes para disfrutarlos sin más, la joven quiere utilizar su vida, su juventud, su belleza y su futuro para ponerlos a disposición de la curación y la felicidad de Enrique.

Hasta aquí hemos visto las causas que han provocado el dolor y la desgracia de Enrique. La comparación de la actitud de Enrique hasta el momento con la actitud de la joven doncella ante las mismas realidades las ha puesto de relieve.

Una vez que la joven ha conseguido convencer a sus padres para que le permitan llevar a cabo su propósito de dar su vida para curar a Enrique, habla también con él. Enrique se conmueve ante su ofrecimiento pero, agradeciéndolo de corazón, trata de disuadirla. Él sabe perfectamente que ella habla en serio, sin

¹⁸ Esto que la doncella ha oído decir tantas veces muestra un gran paralelismo con algunos pasajes concretos del Evangelio: *Qui enim voluerit animam suam salvam facere, perdet eam; qui autem perdiderit animam suam propter me, inveniet eam. Quid enim prodest homini, si mundum universum lucretur, animae vero suae detrimentum patiatur?* (Mt XVI,25-26); *Quia omnis, qui se exaltat, humiliabitur; et, qui se humiliat, exaltabitur* (Lc XIV,11 y XVIII,14).

embargo, no quiere aceptar ese sacrificio. Finalmente la doncella se impone y él consiente, partiendo ambos hacia Salerno, lugar en el que se encuentra el médico que anteriormente había hablado a Enrique de este remedio.

Al llegar a Salerno, el médico quiere asegurarse de que la doncella, aún muy joven, es consciente de lo que quiere hacer y de que lo hace libremente. Una vez comprobada la firmeza de su decisión, la prepara para la operación de la que ya no saldrá viva. Estando ella ya sobre la mesa de operaciones, él afila el cuchillo antes de empezar. Este ruido atrae la atención de Enrique, que se encuentra esperando en una sala contigua, y a través de un agujero contempla lo que ocurre dentro. Por el agujero, Enrique ve la belleza de la joven, tan pura e inocente, mirándose después a sí mismo. Es entonces cuando a Enrique se le abren los ojos y se da cuenta de verdad de lo que está ocurriendo y de lo él mismo está a punto de consentir:

<p>nû sach er sî an unde sich und gewan einen niuwen muot: in dûhte dô dasz niht guot, des er ê gedâht hâte und verkêrte vil drâte sîn altez gemüete in eine niuwe güete. Nû er sî alsô schoene sach, wider sich selben er dô sprach: 'dû hâst einen tumben gedanc, daz dû sunder sînen danc gerst ze lebenne einen tac, wider den nieman niht enmac, du enweist ouch rehte, was dû tuost,</p>	<p>Él la miró y después se miró a sí mismo, y se le abrieron los ojos: ya no le pareció bien su comportamiento hasta ese momento, y mudó rápidamente su anterior forma de pensar en humanidad. Al verla a ella en toda su belleza, pensó para sí: 'Es insensato por tu parte sin contar con él¹⁹ alargar tu vida un solo día más, cuando nadie puede nada en</p>
--	---

¹⁹ Referencia a Dios y a su voluntad.

<p>sît dû benamen ersterben muost, daz dû diz lasterliche leben, daz dir got hât gegeben, niht vil willeclîchen treist und ouch dar zuo niene weist, ob dich des kindes tôt ernert.’</p> <p>swaz dir got hât beschert, daz lâ allez geschehen. (vv.1234-1255)</p>	<p>contra. Ni siquiera sabes lo que estás haciendo, —pues de todos modos habrás de morir— si tú esta vida tan dolorosa, que Dios te ha dado, no estás dispuesto a aceptarla. Además, tampoco sabes con seguridad si la muerte de la joven te salvará.] Lo que Dios disponga para ti, déjalo estar.</p>
--	---

Aquí es donde, a nuestro modo de ver, se encuentra el otro punto culmen de la obra. Al contemplar la pureza de la doncella que va a ser sacrificada por él, que no es más que un lisiado con un cuerpo corrompido irremediabilmente por la lepra, se da cuenta de que está arrastrando la belleza y la pureza encarnadas en la joven a horribles tormentos y a la muerte, en lugar de hacerlo él mismo, que es el que verdaderamente necesita la purificación. Enrique comprende que está consintiendo que sea otra persona, inocente y pura, la que arregle en su lugar lo que él ha provocado con su vida disoluta. Se da cuenta de que estaba intentando deshacerse de una carga en la que nadie le puede reemplazar, ni puede exigirlo, porque se trata de algo que afecta muy íntimamente a su persona, ante sí mismo y ante Dios. En el fondo Enrique se da cuenta de que se está rebelando contra lo que no puede cambiar: que todo hombre debe morir tras un periodo más o menos largo de vida en esta tierra. Pero no solo se rebela contra esta realidad de la muerte, sino también contra la voluntad de Dios, que ha permitido esta horrible

enfermedad en él para que viera, en sus propias carnes, la fragilidad y caducidad de esta vida que él estaba llevando como si fuera un fin en sí misma. Con ello estaba comprometiendo la vida de verdad, la vida eterna después de pasar por este mundo, lugar en el que el hombre halla la felicidad de verdad, que ya no conoce fin ni paliativos. En este sentido descubre al fin que el remedio para la curación de su espíritu es aceptarse como es, contar con Dios y recibir su voluntad en los acontecimientos que le afectan como la mejor ayuda para conseguir su felicidad eterna y definitiva, aunque en su vida terrenal esto pueda significar a veces sufrimiento.

Tras esto Enrique pide al médico que libere a la joven porque no quiere que ella muera y, después de pagarle, se vuelve con ella al lugar de donde había salido. Enrique sabe que a la vuelta le esperan muchos sufrimientos y contrariedades, como el aislamiento social, el avance de la enfermedad y la muerte. Todo esto ya lo padecía él antes, mas la diferencia ahora es que él ha descubierto la verdadera consistencia del mundo terrenal y pone aquello que no puede cambiar en las manos de Dios:

dô fuor er drâte wider heim ze lande. swie wol er dô erkande, daz er dâ heime vunde mit gemeinem munde niuwan laster unde spot: daz liez er allez an got. (vv. 1346-1352)	Se marchó en seguida de vuelta a su tierra. Sabido que allí, en boca de de todos, no encontraría sino deshonra y burla, lo puso todo en manos de Dios.
--	--

Con ello, Enrique ha recuperado su libertad de espíritu, pues si bien no depende de él ciertamente el padecimiento de la enfermedad como tampoco la poco humana reacción de quienes

tiene a su alrededor, sí le queda la libertad de aceptar su situación, recibéndola como medicina divina y viviéndola con señorío.

Ante esta actitud de Enrique, Dios sorprende con una magnanimidad muy superior y le cura de su enfermedad (vv. 1365-1370). He aquí una prueba de que esta enfermedad que Dios había permitido para Enrique no era una maldición ni una condena divina, sino un castigo medicinal, para que a Enrique se le cayeran las escamas de los ojos y pudiera poner los pies en el suelo en lo que a la consideración de esta vida, sus bienes y sus encantos se refiere. Como Dios no quiere la desgracia por sí misma para el hombre, sino su bien y su felicidad, entiende que Enrique está al fin curado de su verdadera enfermedad —que, en el fondo, no era la lepra— y que ese castigo ya no tiene sentido. Y así, le devuelve entonces todo lo que había perdido. En este aspecto la magnanimidad de Dios se manifiesta una vez más, pues no solo le devuelve lo que antes le había quitado, sino que lo hace con creces, compartiendo la alegría sin límites de Enrique, la doncella y los padres de ésta:

er wart rîcher vil dan ê des guotes und der êren. (vv. 1430-1431)	Ahora era más rico que antes en bienes y en honores.
---	---

Dios vuelve a fiarse de Enrique y éste no le defrauda. Efectivamente, Enrique vuelve socialmente al lugar que le correspondía, disponiendo de innumerables y ricos bienes, pero ahora los valora con una medida más realista:

daz begunde er allez kêren stætelîchen hin ze gote und warte sînem gebote baz dan er ê tæte.	Él todo esto ante Dios siempre lo ponía, observando sus mandatos mejor que antes.
---	--

des ist sîn êre stæte. (vv. 1432-1436)	Por esto su honra se consolidó.
---	---------------------------------

A partir de entonces la vida de Enrique vuelve a ser muy feliz, en la que la lealtad para con Dios es perfectamente compatible con unas extraordinarias cualidades personales (entendimiento, fortaleza y belleza) y la posesión y disfrute de riquezas y posesiones:

nâch sūezem lanclîbe dô besâzen sî gelîche daz ewige rîche. (vv. 1514-1516)	Después de una larga y feliz vida poseyeron también la vida eterna.
--	---

Enrique comprueba que ahora es más feliz que antes de enfermar de lepra, pues ahora sabe que todos los dones recibidos son de Dios y que tiene motivos para estar agradecido al ver que todos esos dones son muestra de la predilección y el amor de Dios hacia él. Con esta inmensa felicidad termina la obra, en cuyo final no profundizamos al objeto de no ocupar más espacio, aparte de que este texto no será desconocido por los lectores.

4.3. *El dolor en Los tres deseos*

Un hombre de humilde condición se queja ante Dios de verse tratado injustamente por él al no concederle riquezas ni honores, al contrario que otras personas que ve a su alrededor. Ante esta situación se pone de acuerdo con su esposa para comenzar un periodo de intensa oración y penitencia, con la única intención de obligar a Dios a que le conceda riqueza y honores. Ante tal

desatino, Dios manda a su ángel de la guarda para que le haga ver la insensatez de su comportamiento y para que recapacite. Como el hombre desoye los consejos y persiste en su pretensión, se le conceden tres deseos. El hombre, viéndose al fin a punto de hacerse la persona más rica del mundo, corre a casa y le cuenta a su mujer lo que el ángel le ha dicho. Ella también se alegra e intentan ponerse de acuerdo para concretar los deseos. Él concede a su mujer utilizar uno de los deseos para pedir lo que quiera, y ella pide un hermoso vestido, hecho ante el cual el marido monta en cólera:

<p>‘wê mir, wê!’ sprach der man, ‘du vil unsæligez wîp! du möhtest aller wîbe lîp vil wol ze dir gekleidet hân und hætest dannoch baz getân, wærestu iemen holt gewesen.’ (vv. 134-139)</p>	<p>‘¡Ay de mí, ay!’ —dijo el marido— ‘¡Mujer desgraciada! Podías a todas las mujeres haber vestido como tú ahora, y aún más podías tener, si hubieras tenido más tacto.</p>
---	--

En ese estado el marido maldice a su mujer para que el vestido se le meta en el vientre, lo cual hace que se cumpla inmediatamente el segundo deseo. La mujer sufre entonces terribles y desgarradores dolores, que le hacen gritar desesperada. Los gritos y lamentos llegan a oídos de parientes y vecinos que se acercan para ver lo que ocurre. Éstos, al oír de la mujer cómo la ha tratado el marido, se enfadan y, bajo amenazas, obligan a éste para que arregle la situación de su mujer. El hombre, no viendo escapatoria, y muy a su pesar, termina empleando el tercer y último deseo para curar a su mujer. Una vez hecho esto, ambos quedan peor que al principio, ya que además de haber malgastado los tres deseos, sin riquezas

ni honores, al marido le arrastra hasta el fin de sus días la vergüenza y la burla.

Varios son los aspectos que se pueden analizar aquí acerca del sufrimiento de este hombre, ya que su mujer tan solo le hace caso y se limita a colaborar con él en lo que le pide. En primer lugar, el desencadenante de la tragedia es la reflexión que el hombre hace acerca de su situación material: él se ve pobre mientras otros a su alrededor poseen riqueza y más alta consideración social, y culpa a Dios de ello. Él no es capaz de entender por qué Dios no le concede riquezas y honores, si él se porta bien. Por este motivo, piensa que Dios le trata injustamente. En pocas palabras, podríamos decir que este hombre lo que estaba intentando era comprar el favor de Dios con su comportamiento. En segundo lugar y cegado por la soberbia, se vuelve intolerante hacia su mujer, maldiciéndola por haber pedido un deseo que él considera insulso. En un arranque de ira desperdicia inconscientemente el segundo deseo, provocando a su mujer un horrendo tormento. Ante su obstinación, Dios le concede lo que pide, pero él no sabe utilizarlo sabiamente y, al final, sus deseos se vuelven contra él. Efectivamente, tras haber malgastado los tres deseos concedidos, se ve objeto de burlas hasta que finalmente muere de vergüenza.

El problema de este hombre radica en negarse a reconocer y aceptar su situación. Cada cual recibe de Dios lo que más le conviene. Esto quiere decir que determinadas cosas, en sí nada malas, a unos les puede beneficiar, mientras que a otros les puede hacer desgraciados:

got hât sô gnædigen muot, soldestu guot gehabet hân, got hæte dir daz rehte getân, als er den andern allen tuot, die er lât haben michel guot.	Dios es tan magnánimo, que, si tuvieras que disponer de riquezas, Dios te las habría concedido, como ha hecho con otros,
--	--

(vv. 56-60)

a quienes les ha dado mucho.

El hombre no quiere escuchar y se empeña en que se le conceda lo que pide, convencido de que solo así se va a ver plenamente realizado y va a ser feliz. Pero la realidad termina siendo otra completamente distinta, pues no sabe emplear bien los deseos y, además, el desenlace de la historia es una vida sumida en la vergüenza y en la humillación. Si hubiera que hacer balance de la vida de este hombre antes y después de disponer de los deseos, no será difícil descubrir que su vida, tras haber obtenido los deseos, no es más feliz que antes. Efectivamente, tras contemplar el desgraciado fin de los deseos concedidos, a la pobreza de la situación inicial hay que añadir ahora la vergüenza personal y pública con la que el protagonista tendrá que convivir hasta el fin de sus días.

5. Consideraciones de conjunto acerca del sufrimiento

Tras considerar la intervención del dolor en cada uno de los textos anteriormente analizados, queda aún llevar a cabo algunas reflexiones de conjunto. En primer lugar, no cabe obviar el lado desagradable y negativo del sufrimiento en sí mismo. La primera reacción de los personajes en cada caso muestra que el dolor, desde un punto de vista puramente material y humano, causa rechazo. No es ilógico sentir repugnancia hacia lo que contraría, duele o hace sufrir. De hecho, Dios no se lo recrimina a ninguno de los personajes. Tampoco en la moraleja que presentan los autores se ve que el punto fundamental radique en la aparición del sufrimiento.

A nuestro modo de ver, el punto clave parece estar en la reacción de los protagonistas ante la situación de contrariedad, y ahí hemos centrado nuestro análisis. Los francos del *Cantar del rey Luis*, que se creían autosuficientes, se dan cuenta, ante la terrible invasión normanda, de su propia fragilidad. Esto les lleva a arrepentirse de su descuidada vida del pasado y a pedir ayuda en su indigencia. Esta ayuda les llega de parte de Dios a través del rey Luis, que acude para liderar a su pueblo y librarlo de los invasores. Ahora bien, para que la liberación o la ayuda se pueda hacer efectiva, es necesario el concurso de los propios interesados, a quienes su participación en la batalla no les es ahorrada. Pero los sufrimientos que de ella deriven van a redundar en su liberación y, en definitiva, en la paz.

Aunque el texto sea muy breve y los acontecimientos se narren de forma muy rápida, el desarrollo da a entender que los francos aceptan la batalla como purificación personal ante Dios y como vía para conseguir la paz. El auxilio de Dios no les falta y la victoria es finalmente para ellos.

En cuanto al *Pobre Enrique*, el problema principal radica en el hecho de que Enrique había ido haciendo de la vida tan exitosa y regalada que tenía un fin, a costa de irse vaciando de sí mismo. En él había una identificación tal con su salud y física, su belleza, sus talentos, su prestigio social y sus muchos bienes que, al esfumarse todo repentinamente con la enfermedad, cae en una profunda crisis ante la cual se rebela. Al principio, cuando ha perdido la salud, le quedan aún sus posesiones, en las que confía para pagar al mejor médico y la mejor medicina. Pero, cuando comprueba que tampoco sus posesiones le son útiles, todo para él carece de esperanza y se resigna a llevar una vida en soledad y a esperar la muerte. En realidad, lo que Enrique no ve es que el remedio a su mal no está en su mundo exterior, sino en su mundo interior, que ha sido el desencadenante de su sufrimiento.

Necesita una conversión interior tras darse cuenta de que la raíz de todo el problema está en que se había vuelto autosuficiente y se había creado una seguridad muy inestable con su prestigio social y todas las posesiones materiales que tenía. Cuando le sobreviene la enfermedad y poco a poco va siendo aislado socialmente, pero sobre todo al comprobar el enorme sacrificio que la joven doncella está a punto de realizar por él, se da entonces cuenta de lo que realmente es, de lo vacío que se encuentra en su interior y de lo frágil que es. En ese momento descubre el sentido de su sufrimiento y esto le mueve a cambiar. Después de esto, Dios le devuelve su salud y todas sus posesiones con creces, lo cual da a entender que una vida de servicio a Dios y los gozos legítimos de la vida, así como la posesión de bienes, no están reñidos entre sí. La clave está en que los bienes y disfrutes de la vida no vacíen a la persona ni la vuelvan a vivir al margen de Dios, su creador.

En *Los tres deseos* el marido identifica una vida lograda personal y socialmente, y por tanto su dignidad, con las posesiones materiales, mas éstas no le dan esa dignidad que él considera reducida injustamente por Dios. El principal problema radica en que él no se acepta tal como es y piensa que para ser mejor ha de tener más, mientras que su sencillez de vida original era precisamente la que le preservaba de perder el sentido de las cosas y terminar comportándose como un insensato. Él recibe una advertencia clara acerca de lo poco que le conviene que se le conceda lo que pide, pero, ante su insistencia, se le deja hacer y para ello se le conceden los deseos. Con ellos pierde el sentido de las cosas y su actuación desemboca en una verdadera desgracia, pues le hace peor persona aún —injusta, mejor dicho— al castigar a su mujer, ejecutando el deseo de que el vestido que ella había pedido y recibido vaya al interior su vientre, provocando así un inmenso dolor a ésta. Pero a esto hay

que añadir, como decíamos más arriba, el hecho de tener que vivir el resto de sus días soportando la vergüenza social entre parientes y vecinos, provocada por su actuar sin sentido, ya que lo ocurrido ha trascendido.

6. Conclusiones

Para terminar, quisiéramos resumir aquí las causas del sufrimiento en los textos analizados, por un lado, y la función de éste en los protagonistas que lo padecen, por otro. Comenzando por las causas, parece que el dolor es causado por el propio actuar y por decisiones personales de los propios protagonistas. A Dios, un personaje más incluido en el reparto, tan solo le cabe dejar hacer y permitir las consecuencias sobre éstos. Ahora bien, esto último no sucede porque Dios quiera desentenderse, sino porque los protagonistas le alejan más o menos conscientemente de sus vidas o porque deliberadamente no le quieren escuchar.²⁰ La actuación de los protagonistas se refleja en la identificación que hacen de su ser y su dignidad con la relativa bonanza vital y la posesión de bienes a toda costa, sea ésta actual o deseada. En estas situaciones, los personajes cifran su seguridad en lo que poseen y en la estima y honores que la sociedad les tributa. Como los bienes materiales, así como los honores sociales, en algún momento se acaban —al igual que el mayor de ellos, que es la vida terrena—, toda la consideración de su ser y su dignidad personales, estructurada sobre ellos, también se viene abajo. Con ello viene la crisis personal, pues, según su modo de ver las cosas, si no se tiene y socialmente no se es relevante, uno no es nada.

²⁰ Véase de nuevo el caso del marido en *Los tres deseos*.

Otra de las causas del sufrimiento se halla en la resistencia a aceptarse a uno mismo y a sus limitaciones. Enrique y el campesino no se aceptan en su situación, enfermo y abandonado uno, pobre el otro. Esto les lleva a ser injustos consigo mismos y con los demás: Enrique está a punto de sacrificar a una virgen, sin garantías de que esa medida le vaya a curar efectivamente, y el campesino, en su enfado, castiga sin motivo a su mujer.

En cuanto al papel del dolor en los textos, podemos decir que éste tendría la función primordial de abrir los ojos a los protagonistas al objeto de que descubran la realidad de su fragilidad, así como la fragilidad de las cosas en las que ponen su seguridad y felicidad terrenales, la cual no hace sino aumentar aún más la fragilidad de sus vidas. En este sentido no parece plausible que el dolor lleve a los personajes a la locura y a la desesperación, así como que los haga desgraciados. Más bien parece que es la falsa seguridad de la vida y el cifrar todo exclusivamente en la posesión y disfrute de bienes materiales lo que termina haciendo desgraciado al personaje. El dolor tiene aquí más bien, precisamente, la misión de poner al personaje ante la realidad, es decir, de ayudarlo a ver su realidad sin distorsiones: que son frágiles y pobres interiormente. Pero, para ver, el personaje tiene que ser humilde, algo que puede ser impedido por su orgullo, como se ha podido contemplar en la insistencia de Enrique ante los médicos y en la tozudez del campesino, a pesar de las advertencias del ángel.

Solo a través de la humildad el protagonista es capaz de verse tal como es realmente, al desaparecer la imagen ficticia que se había formado de él mismo y de lo que le rodea. Al mismo tiempo, esto le permitirá ver el dolor como una medicina y no como una venganza divina o de cualquier otro carácter. De los textos examinados no se puede concluir que el dolor sea una venganza desproporcionada por parte de Dios, pues en al menos

dos de ellos (*Cantar del rey Luis* y *El pobre Enrique*), es patente que Dios devuelve con creces lo perdido, tras la penitencia y conversión de los protagonistas. En cuanto al tercer texto (*Los tres deseos*), es evidente que Dios está intentando desde el principio evitar la desgracia que se avecina para el campesino, pero éste, al no hacer caso, la atrae hacia sí. En el fondo, ha sido necesario lo que le ha ocurrido para ver por sí mismo que la advertencia que se le hacía era verdad y que lo que él deseaba a toda costa no era lo que más le convenía. Cuando los personajes aprenden a poner las cosas en su sitio, valorando como definitivo e importante lo que es eterno, y como relativo lo que es perecedero, juzgan entonces objetivamente lo que les pasa y lo que les rodea.

Finalmente, quisiéramos destacar que aquí hemos limitado nuestro análisis a sólo tres textos. Sería, por tanto, oportuno ampliarlo a más textos para descubrir la relevancia y el papel del dolor reflejado en ellos. Por otro lado, aunque aquí hemos hecho tan solo algunas referencias marginales, sería interesante llevar a cabo un análisis comparativo más profundo entre la visión del sufrimiento y el dolor en textos literarios profanos y en otros con un carácter religioso más marcado. No menos interesante sería, a nuestro entender, un estudio acerca del tratamiento que recibe el dolor humano en obras acerca de la literatura alemana, especialmente medieval, que describen en su contexto histórico y crítico textos en los que el dolor mismo desempeña un papel predominante, pues no ha sido difícil constatar que en algunos estudios este campo apenas encuentra lugar.²¹

7. Referencias bibliográficas

²¹ Véase, por ejemplo, Kartschoke, 1994, págs. 169 y ss.

7.1. Textos:

Das Ludwigslied. En: Braune, Wilhelm/Ebbinghaus, Ernst A.: *Althochdeutsches Lesebuch*. 17. Auflage. Tübingen: Max Niemeyer, 1994.

Die drei Wünsche. En: *Der Stricker. Erzählungen, Fabeln und Reden.* Mittelhochdeutsch/Neuhochdeutsch. Herausgegeben, übersetzt und kommentiert von Otfrid Ehrismann. Stuttgart: Reclam, 1992. Págs. 150-164.
Göbel, Franz (ed.): *Die Missionspredigten des Franziskaners Berthold von Regensburg*. 3., verbesserte und vermehrte Auflage. Regensburg: G.J. Manz, 1873.

Hartmann von Aue, *Der arme Heinrich.* Mittelhochdeutsch / Neuhochdeutsch. Übersetzt von Siegfried Grosse. Herausgegeben von Ursula Rautenberg. Stuttgart: Reclam, 2001.

Sagrada Biblia. 1. Pentateuco / 5. Nuevo Testamento. Texto, traducción y notas por la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra. Pamplona: Ediciones Universidad de Navarra, 1997-2004.

Vetter, Ferdinand/Schmidt, Karl (eds.): *Die Predigten Taulers aus der Engelberger und der Freiburger Handschrift sowie aus Schmidts Abschriften der ehemaligen Strassburger Handschriften.* Berlin: Weidmann, 1910.

7.2. Bibliografía:

Ayerbe, Miguel: "Malicia *versus* temor en la literatura alemana medieval". En: Palma Ceballos, Miriam/Parra Membrives, Eva (eds.): *Las mujeres y el mal.* Sevilla: Padilla, 2002, págs. 41-60.

Bumke, Joachim: *Geschichte der deutschen Literatur im hohen Mittelalter.* 4., aktualisierte Auflage. München: Deutscher Taschenbuch Verlag (DTV), 2000.

Cormeau, Christoph/Störmer, Wilhelm: *Hartmann von Aue. Epoche-Werk-Wirkung.* 3., aktualisierte Auflage. München: C.H. Beck, 2007.

Irala, Narciso: *Control cerebral y emocional.* 105ª edición. Bilbao: Mensajero, 1978.

Kartschoke, Dieter: *Geschichte der deutschen Literatur im frühen Mittelalter.* 2. Auflage. München: Deutscher Taschenbuch Verlag (DTV), 1994.

Lewis, Clive Staples, *El problema del dolor.* 2ª edición. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1991.

Philippe, Jacques: *La libertad interior*. Madrid: Rialp, 2003.